

GABRIEL
ROLÓN



LA
FELICIDAD

Más allá de la ilusión

PAIDÓS

GABRIEL ROLÓN

LA FELICIDAD

Más allá de la ilusión

PAIDÓS Contextos

1.^a edición, febrero de 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Gabriel Rolón, 2023

© Grupo Editorial Planeta S.A.I.C., 2023

© de la presente edición en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2024

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4197-7

Maquetación: Realización Planeta

Depósito legal: B. 1.022-2024

Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Prólogo	11
Introducción	15

I. TERRITORIOS Y TIEMPOS DE FELICIDAD

1. Felicidad y pasado	35
2. Vivencia Primaria de Satisfacción	61
3. Siempre se vuelve al primer amor	69
4. Felicidad y futuro	83
5. Lugares de felicidad	101

II. EINSTEIN, FREUD Y EL POETA

1. Malas noticias	111
2. Pulsión	131
3. No todos los amigos valen la pena	151
4. Coda a Freud	167

III. LA FELICIDAD DEPENDE DE UNO

1. ¿Depende de uno? 175

IV. LA FELICIDAD EN TIEMPOS DE DISFRUTE

1. Felicidad y éxito 233
2. Un mundo feliz 249
3. Felicidad y ausencia. 263
4. Felicidad y búsqueda. 283
5. Felicidad y frustración. 293
6. Felicidad y muerte. 299
7. Felicidad mentida 309

V. A PESAR DEL HORROR

1. Felicidad escondida. 317
 2. No muy lejos 331
- Palabras finales. 341
Agradecimientos. 353

CAPÍTULO

1

Felicidad y pasado

En los años que llevo como analista he percibido en muchos pacientes la nostalgia por su niñez, como si aquel tiempo hubiera sido un momento de felicidad plena. A veces, en el balance de la vida aparece la «patria de la infancia» como un espacio cristalino donde se recuerdan la sonrisa, los juegos, las primeras amistades. Es posible que la ausencia de preocupaciones, de deberes adultos, de responsabilidades vitales y económicas de aquel tiempo nos haga pensar de esta manera. ¿Pero es realmente así?

Pienso que se trata de una falacia.

Encontramos la felicidad en el ayer de una manera engañosa, como quien nos muestra una fotografía en que se lo ve junto a un lago en las sierras y cuenta lo feliz que fue en esa ocasión. Sin embargo, es posible que se equivoque, que en aquel momento su preocupación fuera captar la mejor imagen en lugar de vivir ese instante.

Quizás alguien haya tenido una infancia feliz, pero cuando esto se fuerza, cuando se busca desesperadamente la felicidad en la niñez, se acomodan y agigantan recuerdos que tal vez no fueron tan dichosos. Puede

ser que, a la distancia, nos invada la idea de que deberíamos haber sido felices en aquel momento. Entonces, la psiquis hace una suerte de «edición»: agrega detalles que faltaron y saca algunos, a veces tristes y otros crueles, para convertir aquel «pasado real» en un pasado feliz.

Cierta vez le pedí a Daniela, una paciente que hacía un culto de su infancia, que hiciéramos un ejercicio. Para la próxima sesión debía traer alguna foto de su niñez que reflejara un momento feliz. A la semana siguiente vino con una fotografía en la que se la veía en el jardín de su casa junto a sus hermanos y sus padres. Y allí estaba ella, con seis o siete años. Sonrió. Le pregunté qué pensaba.

—¡Qué lindo! —me dijo—. ¡Qué joven estaba mamá!

Su voz se quebró y permaneció en silencio. Le pedí que me dijera qué cruzaba por su mente en ese momento.

—¿Qué puedo decirte? ¿No ves lo felices que éramos?

Me detuve en la foto y le pregunté por sus hermanas que la abrazaban en la imagen.

—Esta es Lucía —señaló—. Y esta otra, Lourdes —con quien no se hablaba desde hace cinco años—. Mi mamá era hermosa. Y como te dije, en ese momento era muy joven. Menor de lo que soy yo ahora.

Le devolví la foto para que pudiera mirarla.

—¿Me equivoco o vos no estás sonriendo como el resto?

La observó unos segundos.

—Es que me obligaron a salir en la foto. Yo estaba

jugando con Leila, mi mejor amiga, y tuve que interrumpir porque mamá vino a buscarme.

—Claro. Y vos, ¿no querías ir?

—Ni loca.

—Por eso saliste seria... ¿enojada?

—Puede ser.

—Entonces no estabas feliz.

Me mira.

—Era una nena —comenta como si fuera una obviedad.

—Lo sé. Durante toda tu infancia lo fuiste. Pero de eso hablábamos en tu sesión anterior, de lo feliz que habías sido de chica. Bueno, aquí no lo parece.

—Fue un momento.

Asiento.

—Me dijiste que tu mamá interrumpió un juego con tu mejor amiga para obligarte a salir en la foto. ¿Solía hacer ese tipo de cosas?

—¿Qué cosas?

—Interrumpir tu disfrute.

Se toma unos segundos.

—Sí. Era brava, caprichosa. A veces pienso que no soportaba estar sola y necesitaba tenernos siempre a su lado.

—Y a sus órdenes —silencio—. A las tres.

—No. Lucía zafó. A lo mejor porque era la más grande. Lourdes y yo no la pasamos tan bien.

—Bueno —acoté—, entonces se ve que no siempre fuiste tan feliz como decías.

No responde.

—¿Y tu padre? Es la única persona que está en la foto y no nombraste —sus ojos se llenan de lágrimas—. Quizás porque todavía no podés hablar de él en tiempo pasado, porque te cuesta asumir su muerte, ¿no te parece?

—Puede ser. Creo que todavía no estoy lista para eso.

—Si no lo estuvieras, no me habrías traído esta foto —me interroga con la mirada—. Misterios del Inconsciente. Ya te vas a acostumbrar —y continúo—: ¿Es posible que tu infancia no haya sido tan feliz como creías? ¿Que ahora, al mirarla a la distancia, sientas que deberías haber sido feliz, que es diferente?

—¿Y por qué sentiría eso?

—A lo mejor porque tu papá estaba vivo. Porque Lourdes, que ya ni te atiende el teléfono, en aquella época te abrazaba. Porque tu madre no solo era esa mamá caprichosa que interrumpía tus momentos de disfrute sino, como dijiste, también era una mujer joven y hermosa. Tal vez porque no te habías separado. Porque la vida todavía era una hoja en blanco.

Muchas veces he jugado con esta idea.

Aunque estemos rodeados de gente, vivir implica aceptar el desafío de estar solos. Y, más tarde o más temprano, llega un momento en la vida en que esa soledad comienza a llenarse de ausencias o, mejor dicho, de presencias que no dejan de estar, aunque algunas personas, como el padre de Daniela, hayan muerto. Pero quedan sus voces que nos visitan en medio de nuestra soledad.

A veces me digo: *tranquilo, Negro*, que es lo que mi papá me hubiera dicho si viviera. Escucho sus palabras,

me recorren, y en mi soledad rescato lo que guardo de él, aunque también se me presentifique lo que ya no tengo.

Es una experiencia que empecé a sentir con la llegada de la madurez. Porque ser niño, como le dije a Daniela, es como tener un cuaderno en blanco. Entonces no lo cuidamos tanto, somos displicentes, escribimos con letra grande, de un solo lado de la hoja, dejamos espacios, y, cuando algo no nos gusta, la arrancamos y la tiramos. Pero a medida que los años pasan empezamos a escribir con letra cada vez más chica, más apretada, sobre los márgenes, pretendiendo extender el cuaderno —la vida—, un poco más.

Cuando somos niños cada instante es una posibilidad. Podemos tomar muchos caminos diferentes. Ser músicos, comerciantes, científicos o deportistas. Pero el tiempo hace que esas posibilidades sean cada vez menores. Entonces, es probable que se embellezca el recuerdo del niño que fuimos alguna vez.

Eso ocurría con Daniela. Su matrimonio fallido, lleno de traiciones y dolor, el sueño de maternidad que no pudo concretar y el distanciamiento de su hermana Lourdes, a quien tanto amaba, hacían que su presente fuera triste y solitario. La muerte inesperada de su padre fue el golpe que la llevó a buscar con desesperación algún momento en que hubiera sido feliz, y la infancia le dio la oportunidad de hacerlo al costo de modificar recuerdos y negar episodios dolorosos. De esa manera, Daniela construyó en su mente una felicidad engañosa. Pero ¿no será que toda felicidad es, en alguna medida, una felicidad engañosa, una felicidad resignificada?

Quizás la felicidad no es algo que pueda sentirse, sino algo que se deduce, que se añora. A lo mejor es necesaria una distancia para reconocer que allá lejos, en aquellas vivencias pasadas, hubo soplos de felicidad que no vimos. Tal vez no sea fácil discernir cuándo estamos siendo felices. Excepto en los escasos momentos de fulgor, de espasmo, en los que se abraza un instante que sabemos único e inesperado. Un instante que puede estar en un cuadro, un beso, una melodía o un gol.

No recuerdo mi vida sin música.

Cuando era chico, desde los seis o siete años, tuve que enfrentar una tarea que aún hoy me desagrada: hacer mandados. Mi madre me mandaba al almacén no menos de cuatro o cinco veces al día. Eran tiempos diferentes. Los chicos podíamos andar solos por la vereda y los vecinos, que eran casi de la familia, se encargaban de cuidarnos sin que nos diéramos cuenta. Recuerdo que cuando llegaba a la ferretería que estaba en la esquina le pedía a su dueño, don Roque, que me indicara el momento en que debía cruzar la calle. El hombre, siempre afectuoso, salía de su negocio, miraba hacia ambos lados y me decía cuándo podía atravesar la frontera de la calle Ercilla. El tan temido almacén estaba justo del otro lado de ese abismo. Allí empezaba el tormento.

El almacén del Tano era un lugar amable pero concurrido, y esa cercanía afectiva hacía que los vecinos demoraran una eternidad en el negocio. La simple compra de tres o cuatro cosas amenizada por las anécdotas, bromas y comentarios podía tardar treinta o cuarenta minutos y

bastaba con tres clientes adelante para que mi mañana se fuera en el cumplimiento de aquel trámite. Hasta que una tarde, mientras iba hacia el almacén por tercera vez en el día, ocurrió el milagro. De la ventana de una casa que estaba a pocos metros de la esquina surgió una melodía. Me detuve. No tenía edad ni conocimiento para reconocer lo que escuchaba, pero supe de inmediato que estaba frente a algo sublime. A partir de ese día, ir hasta la esquina se transformó en el motivo más importante de mi vida. Caminaba los pocos metros que la separaban de mi casa y me sentaba en la vereda justo debajo de aquella ventana. Nadie comprendía por qué elegía ese lugar para hacer la tarea o simplemente para dejar pasar el tiempo. No sabían que en verdad iba a esperar que se repitiera el milagro. Y un día el milagro volvió a ocurrir.

No sé cuánto tiempo pasó. Días, semanas o meses. El tiempo es extraño, sobre todo cuando somos chicos. Lo cierto es que la melodía sagrada apareció de nuevo y, sin saber por qué, me puse a llorar. Me quedé estático hasta que la canción terminó. Debía volver a casa, pero un pensamiento me detuvo. No podía depender de la suerte. No otra vez. Tenía que saber cuál era el tema que tanto me conmovía. Como mi altura todavía no me permitía llegar al timbre, golpeé la puerta con decisión. A los pocos segundos se asomó «El Colo». Era unos años mayor que yo. No sé cuántos. Con vergüenza le pedí que me dijera qué estaba escuchando. Mi pregunta debió sorprenderlo, porque me respondió con mucha ternura. Agradecí y salí corriendo. No pude memorizar el nombre que me había dicho. Pocos días después, al llegar del colegio, mi mamá

me señaló un vinilo que estaba sobre la mesa. Le pregunté qué era.

—No sé —respondió—, te lo dejó esta mañana «El Colo». ¿En qué andás? —me cuestionó mirándome a los ojos. Levanté los hombros sin saber qué responder—. ¡A ver de qué se trata!

Fue hasta el tocadiscos, puso el vinilo y la magia surgió de los parlantes. Ahí estaba mi melodía. La celestial, la sublime. Y la tenía en mi casa.

Entonces supe que era el «Adagio» de Tomaso Albinoni.

Me senté en silencio al lado del aparato.

—No era broma —dijo—. De verdad te gusta la música.

Semanas después mi padre volvió del trabajo con la guitarra usada envuelta en papel madera. La tomé en las manos incrédulo y leí la marca en el fondo: «Tranquera». A los tres días, con ese instrumento que era más grande que yo, comencé a estudiar.

Nunca le di las gracias a aquel chico que cambió mi vida. No recuerdo su nombre. Ojalá se lleve por delante estas páginas y sepa que su gesto le acercó a mi infancia un destello de felicidad. Y me cambió la vida.

* * *

Por lo general la conciencia de estar siendo feliz se nos escapa. El presente es tan dinámico, tan instantáneo que cuesta comprender aquello que estamos sintiendo. Quizás por eso sea más frecuente buscar la felicidad en el pasado o proyectarla hacia el futuro.

Hay algo en esta mirada que me preocupa. De algún modo es como reconocer que la felicidad no existe. Si no es aquí y ahora, ¿qué importancia tiene? ¿Sirve de algo darse cuenta a los sesenta años que a los diez fuimos felices? A lo mejor, sí. Tal vez le da un sentido a nuestra historia. Nadie desea que su vida haya sido en vano. Por eso, encontrar un sentido en la infancia, la juventud o en el pasado mismo puede ser importante. Queremos darle dramatismo a nuestra vida. Para un extremo o el otro: dicha o tragedia. Y sin darnos cuenta modificamos los recuerdos para sentir, para contar incluso, que hemos sido muy felices o desdichados en extremo. Así, con la ilusión de no haber vivido en vano, algunas personas agregan a su infancia una felicidad que en su momento no estuvo o un exceso de dramatismo que tampoco existió.

Hemos manifestado la hipótesis de que es posible que la felicidad no exista. Y justamente eso era lo que sostenía Arthur Schopenhauer, un pensador tan admirado como temido. El filósofo alemán cuyo padre se suicidó arrojándose del techo de su casa y al que su madre echó del hogar cuando era todavía un adolescente.

Con un pesimismo que aterra, escribió:

Nos asemejamos a corderos que juegan en el prado mientras el matarife selecciona con la mirada uno y otro de ellos: pues en nuestros días buenos no sabemos qué perjuicio nos prepara justo ahora el destino —enfermedad, persecución, pobreza, mutilación, ceguera, locura, muerte, etc. [...]

La historia nos muestra la vida de los pueblos y no encuentra sino guerras y rebeliones que contar: los años de paz aparecen de vez en cuando solo como breves pausas, entreactos. Y también la vida del individuo es una constante lucha, no simplemente en un sentido metafórico, con la necesidad y el aburrimiento, sino también en un sentido real con los demás. Por todas partes encuentra un adversario, vive en constante lucha y muere con las armas en la mano. Al tormento de nuestra existencia contribuye no poco el hecho de que el tiempo nos apremia, no nos deja respirar y está detrás de cada uno como un maestro de disciplina con el látigo. Solo perdona a los que se han entregado al tedio.

Schopenhauer pensaba que la vida de toda persona es apenas un péndulo que oscila del dolor al aburrimiento. Dolor, cuando no se tiene lo que se desea; aburrimiento, cuando conseguimos lo anhelado.

Al decir que lo único percibido es el dolor, que la felicidad es muchas veces indetectable, la mirada de Schopenhauer es un correlato de la primera idea que hemos planteado acerca de «la felicidad invisible», de lo difícil que es comprender cuándo se está siendo feliz.

Nuestra sensibilidad para el dolor es casi infinita, la que se refiere al placer tiene estrechos límites. [...] En cambio, todo lo que se opone a nuestra voluntad, la contraría y se le resiste; es decir, todo lo desagradable y doloroso lo sentimos de forma inmediata, enseguida y con gran claridad. Así como no sentimos la salud de

todo nuestro cuerpo, sino solo el punto donde nos aprieta el zapato, tampoco pensamos en todos nuestros asuntos que marchan perfectamente bien, sino en alguna pequeñez insignificante que nos disgusta.

Comparto esa idea. La felicidad es difícil de detectar porque se esconde en detalles que a veces no podemos percibir. Tal vez Daniela no estaba tan equivocada. Quizás el recuerdo sea un hecho artístico que nos permite mejorar la realidad. O destrozarla.

* * *

Se cuenta de la existencia de un cuadro del pintor veronés Girolamo dai Libri que estaba destinado a un altar. Se trataba de un paisaje en el que había un árbol pintado de manera tan verosímil que las golondrinas que anidaban en la iglesia intentaban posarse sobre sus ramas y chocaban contra la pintura una y otra vez.

Pero existe una historia todavía más interesante.

A comienzos del siglo V a. C. vivía en Atenas el famoso pintor Zeuxis, a quien un día se le ocurrió pintar unos racimos de uvas. Orgulloso de su obra, invitó a su colega Parrasio para que viera el cuadro. Este, de antemano celoso, fue al taller de Zeuxis y, aunque de modo un poco displicente, tuvo que admitir la estupenda calidad de las uvas pintadas. Al escuchar sus palabras, Zeuxis se levantó para abrir la puerta y en el acto entraron desde la calle unos gorriones, que a pequeños saltos llegaron hasta el fondo del taller, donde descubrieron el cuadro de las

uvas. En ese mismo instante dejaron de saltar y levantaron vuelo para posarse sobre las supuestas frutas y la picotearon.

Zeuxis estaba radiante de alegría al ver el asombro de Parrasio, quien solo a partir de aquel hecho empezó a valorar la obra.

Cuando ya se había repuesto de la impresión, Parrasio pensó que, después de todo, engañar a los pájaros no era gran cosa y que en ningún momento las uvas pintadas lo habían inducido a él mismo a servirse.

Al tiempo pidió a Zeuxis que lo visitara. El invitado fue preparado para recibir una buena sorpresa y decidido a no dejarse engañar.

Parrasio lo trató con mucha amabilidad. Se mostraba de muy buen humor y fingía haber pensado solo en tener una amena conversación con su colega. Pero Zeuxis apenas escuchaba lo que su anfitrión decía y contestaba con parquedad, hasta que en un momento no pudo dominar más su impaciencia y preguntó sin inhibición alguna si el dueño de casa no tendría alguna obra nueva para mostrarle. Parrasio dijo que sí. El nuevo cuadro, admitió, estaba colgado allí, en el fondo de la pieza, tapado por una cortina, e invitó a Zeuxis a que se acercara para descubrirlo.

Zeuxis se acercó a la pared trasera y extendió el brazo para correr la cortina, pero no pudo. De inmediato volvió a manotearla, pero fue en vano. La cortina no existía, estaba pintada. Abatido, reconoció su derrota. Parrasio había engañado a un artista, y no solo a un par de gorriones.

Algo parecido intentan hacer quienes pincelan sus

infancias buscando construir ayeres de perfección y felicidad. Algunos lo consiguen y de ese modo picotean uvas inexistentes y abren cortinas mentirosas siendo, a la vez, el pintor y el engañado. Todo ser humano quiere creer que en algún momento su vida ha tenido un sentido. Entonces se lanza a esa búsqueda, y la infancia presenta algunos territorios de ingenuidad que favorecen la posibilidad de esos encuentros.

El desconocimiento de la muerte, por ejemplo. Aunque esa ignorancia dura poco. Ya a los tres o cuatro años los niños comienzan a inquietarse por el tema y a intuir que la vida esconde algo fatal. Lo perciben, y a la vez lo niegan. Se trata de un mecanismo psíquico llamado «renegación» que consiste en afirmar y negar un juicio al mismo tiempo. Lo vemos en esas personas que cuentan que se han hecho adivinar su suerte, aunque aseveran que no creen en esas cosas. La mejor muestra de este mecanismo la encontramos en un dicho popular: «Las brujas no existen, pero que las hay, las hay».

Sin embargo, las circunstancias de la vida indican que, por más que se intente negarlo, la muerte existe. La pérdida de una mascota basta para que se sienta el impacto, y aparece la pregunta: «Mamá, ¿vos también te vas a morir?». Una pregunta que esconde otra todavía más potente: «¿Yo también me voy a morir?». En esa vozcita asustada se distingue la angustia y la felicidad empieza a resquebrajarse. La seguridad que brindaban los padres tambalea y nada vuelve a ser como antes.

Alguna vez he dicho que no se puede ser feliz sino al precio de una cierta ignorancia. A esto me refería.

La niñez es un lugar donde las ilusiones son posibles, donde hay tres reyes magos que viajan en camello nada más que para traer un regalo si es que nos hemos portado bien. Un tiempo en que hay espacio para creer que alguien juzga nuestros actos y ser bueno trae aparejada una recompensa. Creencias que hacen de la infancia un ámbito capaz de alojar una felicidad luminosa que se va perdiendo a medida que caen esas ilusiones. El mundo deja de ser un lugar mágico, Papá Noel ya no existe, el universo no es perfecto ni la vida es justa.

Así y todo, la niñez no es un lugar —un tiempo— tan perfecto ni tan feliz como parece, no deja de estar atravesada por dificultades, miedos, enojos y celos.

* * *

Desde hace un tiempo la infancia y yo hemos vuelto a conectarnos. Se lo debo a Zoe, mi nieta. Todos los jueves tenemos nuestro encuentro personal. Paso a buscarla temprano y vamos a desayunar. Ella toma un jugo de naranjas y come un sándwich de queso. Siempre lo mismo. Los chicos encuentran en las repeticiones un lugar de disfrute. Por eso intentamos sentarnos cada semana a la misma mesa. Ella sabe cuál es su lugar y cuál el mío. En un momento me pide que veamos una película. Película que, por supuesto, ha visto muchas veces. Y hablamos. En su lengua me cuenta la trama, quién es el bueno y quién el malo, qué cosas van a ocurrir y de esa manera compartimos horas mientras me emociono y, de un modo secreto, intento hacerme querer para habitar en su memoria.

Luego del desayuno la llevo hasta el jardín en brazos y le canto durante el camino. Suele dormirse mientras entona algunas notas largas al final de cada verso. Al llegar la dejo con sus maestras. Ahora es una despedida tranquila, pero al comienzo, cuando todavía estaba en proceso de adaptación, cada vez que la dejaba, me rogaba: «¡No, abu, no!», y hacía gestos con las manos pidiendo que volviera a alzarla. Zoe tenía miedo. Se sentía desolada. Es comprensible. Después de todo se quedaba sola en un mundo lleno de desconocidos. A sabiendas de que esas despedidas deben ser breves, me iba de inmediato con el recuerdo de su carita angustiada. Si pudiéramos captar ese momento, la fotografía mostraría uno de los muchos instantes aterrorizados que recorren la niñez.

El «cachorro humano» descubre muy pronto que habita un lugar amenazante y es incapaz de vivir solo. Aunque queramos guardar la percepción de sus risas y juegos, debemos reconocer que la angustia, el miedo y la tensión forman parte de sus emociones corrientes. Por eso, la premisa de que la felicidad está en la infancia es al menos dudosa. Sin embargo, el pasado es un tiempo al que todo ser humano regresa cada tanto.

* * *

En los comienzos de mi carrera trabajaba en un geriátrico y muchas veces, al preguntar a quienes vivían allí cómo se encontraban, obtenía la misma respuesta: viviendo de los recuerdos. Y era así. Lo notaba en cada conversación. Volvían a ellos de manera constante, como si fuera el úni-

co recurso para recuperar un poco de felicidad. Pero, ¿por qué? ¿Qué busca ese retorno? ¿Dónde queremos volver en realidad?

La respuesta es dura: todo ser humano busca regresar a un lugar siniestro.

En psicoanálisis suele hablarse de los dos mecanismos que rigen el funcionamiento psíquico: «principio de placer» y «principio de realidad». Pero al plantear esto se excluye un tercer mecanismo al que Freud denominó «principio de nirvana».

Veamos en qué consiste cada uno.

Arrojada al mundo, la psiquis reacciona ante los estímulos que recibe. Estímulos que generan distintos grados de tensión. El «principio de placer» intenta mantener esa tensión en un nivel que resulte soportable. Cuando la tensión sube demasiado, la reduce, y cuando baja en exceso, procura aumentarla, porque un nivel demasiado bajo produce un estado de desgano, falta de deseo y depresión. Por el contrario, si la tensión se extralimita, aparece una sensación desagradable a la que solemos denominar ansiedad. Cuando esto ocurre, el aparato psíquico busca alguna forma de descargar esa tensión excedente, y entonces asoman, por ejemplo, el enojo, el grito, el llanto o la pelea.

«El principio de realidad» le impone un coto a la tendencia de descarga automática que guía al «principio de placer».

Supongamos que una persona se molesta con su jefe. Se siente enojada y querría insultarlo o revolear lo que tiene sobre el escritorio, pero la realidad le indica que ne-

cesita el empleo y que, si hiciera eso, seguramente sería despedida. Entonces, debe resistir la tentación de la descarga automática y encontrar un modo diferente de resolver el conflicto psíquico. Es decir que «el principio de realidad» aporta la posibilidad de mediatizar, de poner algo entre el estímulo y la respuesta. El empleado furioso puede, tal vez, ir a la cocina, prepararse un café, comentar con algún compañero lo que ha pasado y de ese modo ir disminuyendo su ansiedad. Quizás hasta pueda solicitar una reunión para aclarar la situación con su jefe y exponer sus argumentos.

Si no fuera por el «principio de realidad», la vida estaría plagada de agresión, rupturas y estados depresivos. Cada vez que alguien se contiene para no discutir con su pareja, pelear con un hijo o un amigo está bajo el dominio del «principio de realidad».

Pero también existe el «principio de nirvana», que consiste en la tendencia a reducir la tensión a cero y, de esa manera, vaciar de ansiedad al aparato psíquico. Esto implicaría volver a un estado inerte anterior a la vida, regresar a la nada, es decir, a la muerte misma. Es lo que encuentra el suicida que ha renunciado a vivir y se entrega de manera plena a satisfacer su pulsión de muerte. Este es el retorno tan temido. Una pulsión que recorre a todo ser humano.

¿Por qué se lo llama «principio de nirvana»?

Los orientales anhelaban llegar al nirvana, ese estado en el que alguien se ha liberado de todos sus deseos, es uno con el universo y nada lo perturba. Ya no hay bien ni mal y no importa si alguien nace, vive o muere. En defini-

tiva, el nirvana es un estado en el que cualquier cosa que ocurra es considerada parte de un orden universal perfecto. Sin embargo, esto que en Oriente se supone como el fin último de la evolución espiritual, para nosotros puede ser el infierno mismo. Porque a nosotros sí nos importa si alguien que amamos vive o muere, si nos quiere o no. Es cierto que el deseo genera un grado de tensión, de dolor y de esfuerzo, pero es el costo que impone la pulsión de vida para enfrentar a la pulsión de muerte, esa búsqueda afanosa y destructiva que recorre a toda persona desde el mismo instante en que llega al mundo.

Más allá o más acá del principio de nirvana, ¿no existe también la tentación de volver, al menos de la mano del recuerdo, a territorios de infancia, en especial cuando ha sido dichosa?

Pienso en aquellas mujeres que vivían en el geriátrico donde trabajé cuando era joven. Ahí aprendí mucho sobre la soledad y el desafío de transitar la vida cuando resta poco futuro. Entonces, con casi nada que esperar, solo les quedaba el deseo de haber tenido una buena vida.

Por lo general concebimos la esperanza como un ansia que apunta al futuro. En aquel hogar descubrí que no siempre es así. Que también existe una esperanza que mira al pasado. Aquellas mujeres miraban su historia con la esperanza de haber sido felices. Se aferraban a sus recuerdos y volvían a ellos una y otra vez. ¿Qué buscaban en ese retorno ilusorio?

No puedo evitar que vengan a mi pensamiento los versos de Fernando Pessoa: *El tiempo en que festejaba mi cumpleaños yo era feliz y nadie estaba muerto*. Esa frase

ubica la felicidad en ese territorio donde nadie ha muerto todavía. Territorio al que quisiéramos volver, aunque sea por un momento.

Claro que no hace falta ser un anciano para mirar atrás. Todos añoramos aquellos tiempos en los que ocurrieron cosas mágicas, y solemos visitar recuerdos que nos encargamos de embellecer. La convocatoria nostálgica a una reunión de egresados no es más que un grupo de desconocidos que se reencuentran para recordar lo felices que fueron cuando tenían diecisiete. ¿De verdad eran tan felices?

De cualquier modo, siempre se busca en el pasado, casi con desesperación, una señal de no haber vivido en vano. ¿Significó algo que pisáramos esta vida o nos iremos de ella sin pena ni gloria?

Recuerdo un programa televisivo de cierre de ciclo, en tiempos de Navidad. Lo conducía Alejandro Dolina. Asisto impresionado a lo que allí se dijo.

Dolina, Horacio Ferrer y Antonio Carrizo comparten una mesa.

Hablan del futuro, de la costumbre de desearnos felicidad para el próximo año. En determinado momento se produce el siguiente diálogo:

Dolina (a Ferrer): *Usted que es un hombre de palabra y de retórica, usted que sabe de metáforas, metonimias, hipálages y «oximorones» (risas) sabe que hay un género de despedidas, un género rico en hipérboles, propicio al brindis...*

Ferrer: *Así es. Ha hablado usted de las últimas co-*

sas, de las últimas instancias. Pero todo ello es inherente al ser humano. Solo el ser humano tiene noción del tiempo, tiene pasado, tiene presente y —posiblemente— tiene futuro. Para la rosa, para el león y para el zafiro no hay últimas veces. De suerte que el futuro es eminentemente humano. El futuro es tan antiguo como el hombre. Este fin de año es el que apetecemos, el que esperamos y el que nos llenó de expectativas hace trescientos y pico de días. Ahora volvemos a llenarnos de expectativas, de esperas, de sueños. Tengamos cuidado porque el futuro suele ser un viejo mentiroso.

Dolina: Sí. Yo ya aprendí a desconfiar del porvenir, le garanto. Y usted (a Carrizo) ¿por qué no brinda? Usted es un profesional.

Carrizo: A mí me parece que ustedes inspiran la necesidad de un brindis por un feliz 1990.

Dolina: ¿Cómo 1990?

(El año 1990 era precisamente el que estaba terminando)

Carrizo: Claro, un 1990 que nos cargue de buena memoria y de buenos recuerdos en el espíritu y en el corazón. Brindo por lo que hemos vivido y por lo que vale la pena recordar.

Dolina: Está bien. Les deseamos entonces un feliz pasado.

No es una mala idea desearnos un «feliz pasado». Al fin y al cabo, allí está lo que nos constituye. Tal vez por eso, cuando se es muy grande, como las mujeres del ge-

riático en el que trabajaba, cuando ya la planificación parece no tener ningún sentido, lo que resta es desear haber tenido una buena vida. Como recomendaba Antonio Carrizo, un «feliz año pasado». Un lugar lleno de lindos recuerdos.

Joan Manuel Serrat compuso una canción llamada «Mi niñez».

*Tenía diez años y un gato
peludo, funámbulo y necio
que me esperaba en los alambres del patio
a la vuelta del colegio.*

*Tenía un balcón con albahaca
y un ejército de botones
y un tren con vagones de lata
roto entre dos estaciones.*

Es una descripción que conmueve. Aunque el protagonista tuviera cosas tan simples e imperfectas. No había soldaditos de plomo, sino botones, y el tren con que jugaba estaba roto. Entonces, ¿qué hace de aquel pasado un rincón feliz? Sigamos adelante.

*Tenía un cielo azul y un jardín de adoquines
Y una historia a quemar temblándome en la piel.*

El cielo azul y el jardín de adoquines son parte de una geografía habitual, pero la frase siguiente marca un quie-

bre. El autor confiesa que en aquella época tenía una historia a quemar temblándole en la piel, y ese sí es un punto trascendente. El cuaderno en blanco. Tanto por vivir, por amar o, ¿por qué no?, por sufrir. Después de todo, quien no sufre no ama, y quien no ama no vive.

Mientras escribo esto, recuerdo que ayer mismo almorcé con el doctor Nasio.

Desde hace tiempo nos une una amistad que me conmueve. Durante años me formé leyendo sus libros. La vida quiso relacionarnos y cada vez que visita la Argentina compartimos un encuentro.

Durante el almuerzo, Juan David me contó que hace un tiempo visitó un cementerio en Bretaña. Para algunas personas, me incluyo entre ellas, los cementerios distan mucho de ser desagradables. Suelo recorrer alguno cada tanto. No busco respuestas. Solo contemplo lo inevitable. Aunque el relato de Nasio me impresionó.

Según me dijo, caminaba tranquilo cuando de golpe dio con una tumba blanca, muy pequeña, que tenía una inscripción en letras doradas que decía:

*Soy un niño. He muerto a los dieciocho meses.
Jamás conoceré la vida. No sabré lo que es el amor ni el dolor.*

La conmoción fue tal que no recuerdo nada más. Ambos estábamos emocionados. No se trataba de la vida anticipando la muerte. Por el contrario: era la muerte hablándole a la vida. La muerte añorando los dolores que nunca podrá sufrir. Las historias a quemar que nunca

temblarán en su piel. La muerte injusta deseando la vida injusta.

Volviendo, al final de una de las estrofas Serrat dice: *creo que entonces era feliz.*

Joan Manuel Serrat, el artista, el adulto, mira su pasado con la intuición de haber sido feliz. No la certeza, pero al menos la sospecha de que hubo un tiempo en que hasta las cosas más sencillas, un gato y un empedrado, un tren roto y una historia a quemar daban sentido a su vida.

Sobre el final otro verso introduce una pregunta que perturba: *¿Y dónde... dónde fue mi niñez?*

Algo parecido se pregunta Cátulo Castillo en el tango «Tinta roja»:

*¿Dónde estará mi arrabal?
¿Quién se robó mi niñez?*

Preguntas desoladas que, sin embargo, tienen respuesta.

El arrabal está en la memoria, y a la niñez siempre se la roba el tiempo. El arcano más cruel, el que no perdona.

Vuelvo sobre los versos de Serrat y percibo la repetición permanente de una palabra: «tenía». Y comprendo el porqué de tanto amor por su niñez, después de todo es el mismo autor que dijo que no hay nada más amado que lo que se ha perdido.

Al nombrar a Alejandro Dolina, algo que siempre ocurre en mis libros, recordé que uno de sus escritos, «La refutación del regreso», se ocupa de este intento por sostener

con vida lo que ya no está. Pero no apunta solo al recuerdo. Con su estilo poético y su manera encendida de percibir el mundo, «los hombres sensibles de Flores», los protagonistas de muchas aventuras dolinescas, no se conformaban con regresos memoriosos, sino que anhelaban un retorno pleno y total. Cito:

No hay sueño más grande en la vida que el Sueño del Regreso. El mejor camino es el camino de vuelta, que es también el camino imposible. Los Hombres Sensibles de Flores, en sus nocturnas recorridas por las calles del barrio, planeaban volver.

Volver a cualquier parte.

A la adolescencia, para reencontrarse con los amores viejos.

A la infancia, para recobrar las bolitas perdidas.

A la primera novia, para jurarle que no ha sido olvidada.

A la escuela, para sentir ese olor a sudor y tiza que no se encuentra en ninguna otra parte.

Volver fue para ellos la aventura prohibida. Cada noche soñaban con patios queridos y cariños ausentes. Y cada mañana despertaban llorando desengañados y revolvían la cama para ver si algún pedazo de sueño se había quedado enganchado entre las cobijas.

En ese ensayo que denuncia la imposibilidad del regreso se cuenta que el ruso Salzman, legendario jugador de dados, gastó una fortuna que había ganado en el casino de Mar del Plata para comprar la casa de su infancia.

Una vez instalado, comprendió que la inversión había sido inútil.

—He recuperado mi casa —dijo—. Pero la infancia, no.

Tenía razón.

No hay ayeres a los que regresar. No hay otros paraísos que los paraísos perdidos, escribió Borges. El pasado es irrecuperable, pero no irreplicable.

* * *

Hablábamos antes del nirvana, de ese estado en el que ya no hay ningún deseo, y dijimos que era la muerte misma porque el ser humano siempre requiere de un deseo que lo movilice y dé sentido a su vida. Pero ¿cómo surge ese deseo?

En el comienzo de su obra, Sigmund Freud plantea un concepto que define una experiencia que puede acercarnos a responder esa pregunta.